

Presentación del libro *La isla imaginada*, de Pedro L. San Miguel. Librería La Tertulia, 9 de noviembre de 2005

Carlos D. Altagracia
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Buenas noches. Quiero felicitar a Pedro y Jane Ramírez por tan importante logro: la traducción y publicación de *La isla imaginada* por la editorial de la Universidad de Carolina del Norte. Este es un texto que hace ocho años tuve la oportunidad de comentar y recuerdo que en aquel momento aposté a que *La isla imaginada* se convertiría, por sus méritos académicos, en una lectura obligada para todos los interesados en los estudios caribeños, y parece que voy ganando la apuesta. De la importancia académica del libro ya dije lo que tenía que decir, incluso los comentarios fueron publicados en la revista *Historia y Sociedad*, aunque les confieso que re-visito el libro con mucha frecuencia. Sus méritos son indiscutibles. Mas, no los quisiera aburrir hablándoles de un libro que la mayoría de ustedes ya leyó y posiblemente comentó con el autor. Por tal razón, me gustaría hablar de otros asuntos, de cómo *La isla imaginada* dialoga con otras islas igualmente imaginadas. Tal vez haciendo esto cumplo con la encomienda de hablar sobre este importante libro evitando la tentación de citarme.

Como ejercicio de memoria la geografía y el paisaje son claves en la formación de significados sobre lo que pensamos que vemos y sobre lo que imaginamos. Así se construyen islas. Para finales de la década de los 1970 Fidelia, mi abuela paterna, comenzó a visitar mi casa con relativa frecuencia. Fue en ese momento que conocí algunos haitianos y haitianas, y pensaba que todos cortaban caña; supe, por ella, que caminaban meses

atravesando La Española para llegar al lugar donde vivían y trabajaban. Además supe de un puertorriqueño cuyo apellido, Pabón, marca una encrucijada entre Higuei, La Romana y El Seibo. Me enteré que Pabón tuvo una tienda en la misma encrucijada y que se casó con una prima que se llamaba Isolina, una mujer tan brava que durante la era de Trujillo se fajó a los puños con el cacique trujillista de la región. Tan brava era que solo pudieron quitársela de encima después de dispararle y herirla en un seno. Me enteré que hubo un dictador y que las cosas que pasaban en Santo Domingo cuando mi abuela me hacía estos cuentos no sucedían cuando Trujillo era presidente.

También supe de un lugar, Río Piedras, tan lejos que aun hoy no llegan carros. Era una finca con enormes potreros llenos de reses y gallinas. (Creo que fue en aquel momento que mi abuela me dijo que la caca de vaca huele a dinero) Río Piedras, decía Fidelia, estaba rodeada de una vegetación tan tupida que el verdor cegaba y el ruido de las cotorras en ocasiones no dejaba hablar. Un río pasaba tan cerca de la cocina de la casa que uno podía zambullirse brincando desde la ventana. Supe de un caballo llamado “paso malo” que se escapó de su corral y preñó a la yegua preferida de mi abuela. También me enteré que un muchacho de 12 años fue castigado por no velar como era debido a dicho caballo. Ese mismo muchacho, varios años después, la hizo pasar un susto cuando se fue a la capital en abril de 1965. Luego vinieron los viajes y las mudanzas. Unos a Nueva York otros a Puerto Rico y los que se quedaron.

Cuando Fidelia iba a casa llegaba desde Nueva York. Desde esa otra Isla imaginó y me narró la isla de su memoria y de sus deseos. El viaje siempre cambia al viajero y la memoria desplegada a partir del mismo se convierte en un vehículo donde queda definido

el deseo de una geografía y una historia particular. Los cuentos de mi abuela recuerdan lugares y gentes. Similar a como dice Pedro que operó la narrativa de Juan Boch, mi abuela siempre recurrió a los recuerdos para explicar algunos asuntos. Pero, sobre todo, recurrió a la memoria para vincular. El tiempo y el espacio que signó en sus cuentos tuvo por función mostrarme sus sueños y sus desencantos; por medio de ese ejercicio fue mi primer acercamiento serio a una isla imaginada que mi abuela se empeñaba en no dejar que se borrara. Las narraciones de mi abuela las entiendo hoy como invitaciones para que yo también imaginara y me hiciera parte de aquel paisaje que inventaba y compartía conmigo durante las calurosas tardes cagueñas.

A partir de la lectura de *La isla imaginada* pienso que mi abuela dialoga con los autores que estudia San Miguel. Los temas son recurrentes, especialmente con Boch el narrador de cuentos: campesinos, latifundio, ganadería, formas de producción agrícola, haitianos, pobreza, naturaleza y paisaje; además, mi abuela se valió de una de una poderosa tradición oral con la que aderezaba sus cuentos. Ella también tuvo que salir de la Isla lo que de alguna manera considero potenció su pasión y necesidad por contar-ordenar lo que dejaba atrás. Uno de los argumentos clave de Pedro es que durante la primera mitad del siglo XX los intelectuales dominicanos conformaron una memoria muy particular de su historia. Adelanta la idea de que en la organización del pasado que conformaron llegaron a la conclusión de que el mismo sufrió una fractura en su devenir lógico. Pasaron muchos años para que pudiera entender el dejo trágico en los cuentos de mi abuela, pero gracias a los argumentos de la Isla imaginada por Pedro he podido ir significando su necesidad de vincularme a su isla imaginada.

Considero que la publicación de *La isla imaginada* en inglés vinculará a muchas islas imaginadas. Su lectura hará posible diálogo entre distintas concepciones del tiempo y el espacio. Desde la costa este de Estados Unidos y desde otros lugares donde sea leído se iniciará un recorrido por una geografía imaginada que llevará a los lectores a signar sus propias costas. Con lo anterior no estoy implicando que los argumentos de Pedro potencian la imaginación de un ser isla-común que reduce o limita las singularidades. Todo lo contrario. Considero que la mayor aportación del libro es invitar a imaginar nuestras propias islas, apostando a la utopía de que hay manchas que sí salen. Es ahí donde ubico políticamente al libro de Pedro y a donde parece invitarnos, a ese lugar donde acontecen las guerras de significados.

Como ven, mi vínculo con este libro es inmenso. No solo he podido hacerle un homenaje a mi abuela a partir de su lectura. Sino que tuve la suerte de figurar como invitado en los aquelarres cuando se cocinaban algunos de los ingredientes que lo conformaron. En aquellas fiestas ví como Pedro mezclaba en su olla los conceptos y ensayaba recetas con la aspiración de entender mejor, de ampliar su imaginación y las alucinaciones sobre su isla. Gracias a esas invitaciones, las de mi abuela, las de Pedro y otros brujos y brujas comencé a ensayar mi propia imaginación de paisajes, personajes, fronteras y costas de La Española.

Para finalizar y hablando de geografía. Hace ocho años dije que *La isla imaginada* proponía a un historiador diferente. Que el Pedro que estudiaba a los campesinos y al mundo creado por la producción de azúcar había cambiado. Me arriesgué a decir que Pedro ahora se dedica a revivir el pasado y el presente de otros autores para decodificar los signos

que conformaron sus respectivas narraciones. Aun más, dije debía enfatizar en el dominio del lenguaje y en la agilidad de la operacionalización de los conceptos, lo que le permite transitar cómodamente por las fronteras académicas que delimitan la producción del conocimiento. Me interesa destacar el verbo transitar. En uno de sus libros Michel de Certeau afirma que los relatos son nuestros transportes, son nuestras prácticas de espacio. Si asumo lo plateado por de Certeau entonces resulta que Pedro no es ni historiador, ni antropólogo ni geógrafo como había pensado. Su afición por narrar, lo convierten en chofer, y cuando publica en chofer de carros públicos.